

La ficción huilense

Narrativa e historia. El Huila y su ficción

Benhur Sánchez Suárez

Fundación Tierra de Promisión, Neiva, 1987, 180 págs.

Uno de los artificios preferidos por el profesor López de Mesa para “descrestar calentanos”, era preguntar cuál es el gentilicio de los nacidos en Pitalito. De hecho, pocos lo sabían. Posiblemente uno que otro “calentano”. Previa esta aclaración, no hay que temer a la aserción de que Benhur Sánchez, autor de este libro que oscila entre el catálogo y el análisis, es laboyano. Es decir, oriundo de Pitalito. Vale decir, opita y hombre de letras.

Leemos este libro con el ánimo de pesquisar agradables sorpresas, ingenios ocultos. Su primera bondad se cifra en que es pionero como estudio totalizador de la narrativa huilense. Benhur Sánchez escogió la ficción, por ser el género más olvidado por el análisis. A la poesía huilense no le han faltado evaluadores y compiladores. Citaremos, entre otros, el *Índice poético del Huila* (1957) de David Rivera o *Es hora de cambiar de traje y reparar la casa* de Joaquín Peña Gutiérrez.

El autor ha ensayado una aproximación sociológica a la nación huilense, una región conformada por una clase alta “conformista”, por un pueblo cuya “dulcedumbre” encomiaba el propio López de Mesa, aunque rebelde (recuérdense los comuneros del Caguán) y profundamente fanático en materia política. Hay otras particularidades, como la ausencia casi total de la raza negra en la conformación social y la expresión artística artesanal como fuente primaria de comunicación con el ambiente externo.

Sánchez se ha apresurado a afirmar que descrea de literaturas regionales. “Entiendo —dice— que no hay en lo humano raíces solitarias”. Todo autor recibe influencias extracultura-

les. La única literatura valiosa es la que logra acceder a lo universal y trascendente y como trasunto de un desarrollo histórico. De ahí el título del libro. “En el origen de toda literatura debe haber una historiografía de base”. Esa ausencia histórica explicaría deficiencias literarias. Evita también el autor caer en el prejuicio obsequioso de “sobrevalorar lo nuestro, simplemente porque es nuestro y no porque sea bueno”.

Para realizar ese intento totalizador se han agrupado los autores de ficción en tres períodos ya clásicos: 1. Conquista y colonia; 2. República (s. XIX); 3. Época contemporánea; y alrededor de cuatro hechos sociales básicos: el choque de civilizaciones (indígena-español), la Guerra de los Mil Días, la Violencia (1947-1957) y el Frente Nacional.

Quizá la literatura huilense se haya iniciado en los días mismos de la colonia, con dos obras desaparecidas, la una debida a Jiménez de Quesada, y la otra, una *Historia antigua de los chibchas* de Alonso Garzón de Tahuste, nacido en Timaná hacia 1558.

Igualmente creo interesante mencionar, en el siglo XVII, a don Francisco Álvarez de Velasco y Zorrilla, poeta conceptista que, si bien nació en Santafé, fue gobernador de Neiva, donde casó con doña Teresa de Pastрана y Cabrera. Allí fue acaudalado ganadero cuando el Huila era prácticamente “la dehesa del Nuevo Reino”. En Neiva y en Timaná, Álvarez produjo lo mejor de su obra, como aquel poema a sor Juana Inés de la Cruz en el que con amor platónico y conciencia americana la llama “paisanita querida”. De Álvarez quedan versos sonoros dignos de memoria, acaso por lo execrables o por lo atrevidos: “Músicas, a esta Reina, que bélica/inclita doma máquinas tártaras”.

Sánchez inicia su recuento con la mención de la madre María Petronila Cuéllar, nacida en Timaná, autora ascética y monja de la Enseñanza en Santafé.

El siglo XIX es particularmente pobre. “Tal parece que la literatura [...] se hubiera desarrollado al margen de la realidad”. Como primera novela huilense se cita *El trabajo*

(1884) de doña Waldina Dávila de Ponce de León, dama que fuera célebre en la sociedad bogotana, miembro del grupo de El Mosaico. Sus tres novelas son muy santaferneas, cuando no europeas, aunque de marcado aire nacionalista. Creo que en nuestro medio no hubo otro autor que denotara tanto la influencia de Balzac.

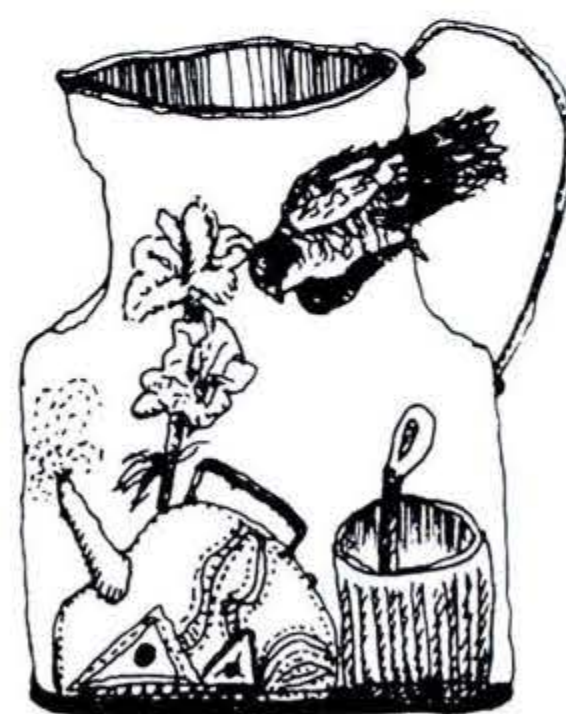


Figura cimera del siglo, aunque evadió la ficción, fue don José María Rojas Garrido, presidente de la confederación y máximo orador de Colombia.

Hasta el advenimiento de José Eustasio Rivera era, pues, poco notable la producción regional. Con Rivera adquirió lustre y un matiz universal. Baste observar que *La vorágine* no contiene el mínimo indicio de temática regional aunque lleva en sí toda la sensibilidad huilense.

Posterior a Rivera es *La venturosa*, interesante novela que retraza episodios de la guerra de los Mil Días. Es un retrato del Huila de principios de siglo, “abrumado de atavismos y de mitos”, narración impregnada de técnicas periodísticas y de visos costumbristas.

Además de autor de ficción, Joaquín García Borrero publicó en 1935 dos libros clásicos: *Neiva en el siglo XVII* y *El Huila y sus aspectos*. Sin embargo, se quedó por escribir la novela de aquellos años novelescos, llenos de episodios dignos de la fábula. La historia de América debe ser novelada, era el parecer de Germán Arciniegas. La guerra con el Perú y el increíble viaje amazónico de Isaías Gamboa, héroe huilense, no tuvieron un Homero que los llevara a vivir al campo del mito. El simpático episo-

dio del "embajador de la India" tampoco ha encontrado quien sepa plasmarlo con ingenio en el libro. Por el contrario, la época más impositiva, la Violencia, que hoy ya merece el nombre de Primera Violencia, marcó casi todo lo que se ha escrito en la región desde entonces. Una obra, sobre todo, ha sobrevivido: la novela *La sombra del sayón* de Augusto Angel Santacoloma, personaje digno de ser llamado hombre de letras, comerciante y filántropo que ofrendó su vida a la causa de su revista El Bronce. Su novela, que lleva por subtítulo *Algo de la violencia en el Huila*, da testimonio, entre otros, de la vida de Reynaldo Matiz, caudillo liberal asesinado, una especie de Jorge Eliécer Gaitán de provincia. Es una obra llena de odio creativo, de anatemas, de diatribas, de afán partidista. Cegado por el fanatismo, toma partido y deja de ahondar en el fenómeno histórico. Como en *La vorágine*, en ella el amo es el horror, con algunos destellos de ternura. El estilo es de rebuscamiento barroco, como un modesto Lezama Lima. Pero su sectarismo apabullante lo opaca; como indica Sánchez, los suyos son los buenos y los contrarios son siempre los malos.



Con la llegada del Frente Nacional y de los años sesenta, es preciso mencionar una figura aislada, pero muy notable: Julián Motta Salas, humanista completo, autor, entre otras muchas obras, de una historia de las letras griegas y latinas que no tiene paralelo tal vez en ninguna literatura, y de una curiosa novela: *Alonso Quijano, el bueno*, recreación del Quijote, emparentada con obras como la

de Avellaneda o con la muy erudita del ecuatoriano Montalvo. Es, ante todo, una experiencia idiomática, en un español del siglo de oro. He aquí una muestra. Don Quijote recrimina a Sancho: "¿Qué entiendes tú, escudero babilónico y pampernido, de ejercicios de jineta para que metas la cucharada donde no te corresponde, maligno mameador que tú eres?". Para Benhur, esta novela tuvo la desventura del desubique temporal y significa "un regreso a temáticas injustamente ajenas" cuando vivimos en el apabullante conflicto de nuestra vida cotidiana. Pero quizá sea sano olvidar a veces el acibar de nuestro tiempo. ¿Por qué despreciar el placer de la alegría y del desenfado espiritual, siquiera por unos instantes?

La temática de la violencia continuará aun durante el Frente Nacional, que vino a poner fin a los odios "como si no hubiera sucedido nada en la calma aterradora del calor, la incomunicación y la pereza ancestral de los guaduales". Es la época en que nacen el Festival del bambuco, el Diario del Huila, la Universidad Surcolombiana y "el brote licencioso del petróleo". Mencionaré la novela *Perdidos en la jungla* de Abel Díaz Manrique, "pletórica de aventuras interesantes", basada en la célebre expedición al Guayas, un camino hacia el oriente entre Gigante y Puerto Rico.

La década del sesenta se ha mostrado fundamental y definitiva: durante ella surgen Isaías Peña Gutiérrez, Humberto Tafur Charry; Luis Ernesto Lasso A. y Antonio Palomar Avilés, para no mencionar al propio Benhur Sánchez, quizá la figura más importante después de Rivera. El precursor fue Isaías Peña Gutiérrez, también laboyano, con su cuento *¿A usted tampoco le importa?* Pero Isaías Peña se ha dado a conocer especialmente en los campos de la investigación y de la crítica literarias, en medios de tan amplia difusión como el diario El Tiempo, lo que le ha valido ser hoy ampliamente conocido en el ámbito nacional.

Figura destacadísima fue el ya fallecido Humberto Tafur Charry, autor de los cuentos de *La paz de los carteles*. Escritor diestro, manejó la

verdadera prosa vernácula, el idioma del Huila. Su protagonista es el campesino, a lo Juan Rulfo, con un ingrediente no despreciable de denuncia social. En *El séptimo hombre*, picaresca narración de derrotas y victorias cotidianas, está retratado el verdadero huilense, héroe del rebusque y de la supervivencia en un mundo hostil. La obra de Tafur está en las antípodas de la de Motta Salas. Sin embargo, ambas son cautivantes.

Luis Ernesto Lasso publicó en 1970 *Los días de la espera*, libro de cuentos que obtuvo mención en Casa de las Américas. Desde entonces no volvió a publicar. Son narraciones de la violencia, ambientadas en un mítico pueblo, El Moral. Aunque el tema puede ser superior a la forma, es notable el cuento *Aquí la justicia no cojea*.

Raspa es otro pueblo imaginario que se sumerge un día en la peste de las chicharras. Es el título de la obra de Antonio Palomar Avilés. Palomar acude a un lenguaje desenfadado que recuerda el de Andrés Caicedo.

A partir de los setenta, la promesa puede estar fincada en Joaquín Peña Gutiérrez con *La puerta de par en par*, obra de "calidad indudable", cuentos que denuncian la violencia sobre la niñez, desgarradores y hasta repulsivos: Peña ha escrito además *Ciudad virgen*, novela ambientada en la carrera séptima bogotana.

La lista de autores actuales es larga, aunque ninguno ha publicado un libro individual. Hay que abrir, pues, un compás de espera.

La antología de textos adjunta reviste singular interés. Ella presenta un hilo conductor cuya repetitividad es indudable: la violencia.

Mucho hay que esperar de los nuevos autores. Se puede columbrar un aumento gradual en la calidad general. Este libro es imprescindible para iniciar una retrospectiva, cuando la universidad huilense cuenta hoy con "el mejor departamento de español y literatura del país" y cuando se ha creado la fundación Tierra de Promisión, que busca rescatar, en ediciones decorosas, la literatura regional. Ha debutado con este librito, al cual pueden achacarse, no obstante, los rutinarios y constantes gazapos or-

tográficos en que abundan nuestras editoriales.

Por razones obvias, se quedó en el tintero la reseña de la obra de Benhur Sánchez, autor de novelas como *La solterona*, *El cadáver*, *La noche de tu piel*, *A ritmo de hombre* o *Venga le digo*, a más de numerosos cuentos y ensayos. Para no abaratar el elogio, mencionaré sólo un criterio objetivo, que si bien no es prueba irrefutable, es buen indicio de calidad literaria. Dejando a un lado *La vorágine*, puede decirse que Benhur ha sido el autor de ficción más publicado en toda la historia de las letras huilenses.

LUIS H. ARISTIZABAL

Las estructuras englobantes de un escritor antioqueño

Proceso creativo y visión del mundo en Manuel Mejía Vallejo

Luis Marino Troncoso

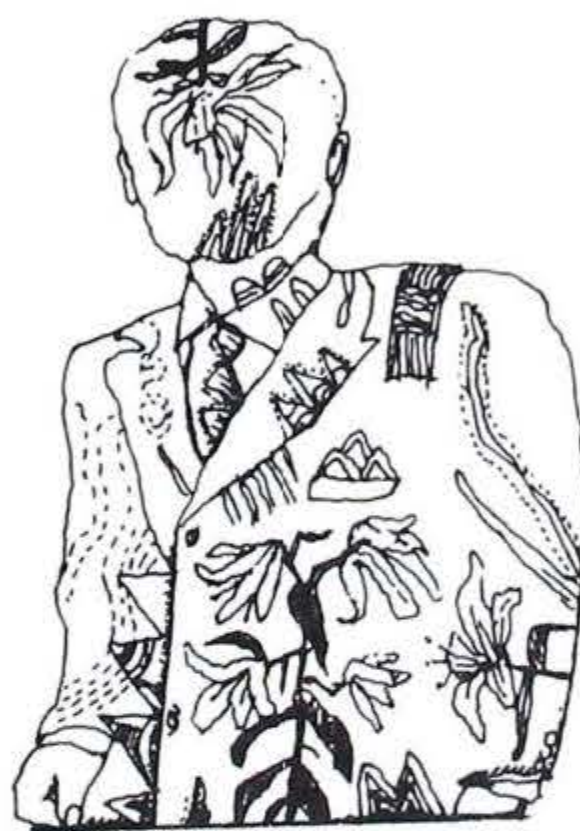
Procultura, Bogotá, 1986, 325 págs.

La teoría estética denominada "estructuralismo genético", propuesta, entre otros, por Lucien Goldmann y Jacques Leenhardt, busca explicar la creación artística a partir de ideas como "estructura significativa", "estructura englobante", "visión del mundo" y "sujeto colectivo de la creación". Esta corriente parte del supuesto de que existen dos realidades (dos estructuras): la sociedad y la obra de arte, y que están íntimamente unidas por relaciones intrínsecas.

Tal es la perspectiva crítica que asume el jesuita Marino Troncoso en su análisis de la obra y la vida del novelista antioqueño Manuel Mejía Vallejo⁽¹⁾. Afirma Troncoso: "La literatura de América Latina en general y la antioqueña en particular han

sido siempre testimonio fiel de la realidad" (pág. 266). No significa esto que el crítico utilice la literatura exclusivamente para hacer historia, ni reduce los textos a meros reportajes o testimonios. No. El método goldmanniano deja margen para el estudio estético y formal de la obra, y a esto dedica Troncoso buena parte de su libro.

En este sentido, Troncoso escudriña todo lo publicado por Mejía Vallejo hasta 1978. El análisis es completo, el estilo ameno, la documentación prolífica. En forma objetiva, señala no solamente logros como la textura poética o periodística de muchos de los textos, su belleza, sus formas lingüísticas y su fuerza expresiva, sino también sus debilidades: la grandilocuencia anacrónica por el uso exagerado de la comparación y el adjetivo en *La tierra éramos nosotros* (págs. 37, 154), el esquematismo de *Al pie de la ciudad* (pág. 60) y de *El día señalado* (pág. 91), la manera como el autor ha "rellenado" algunos cuentos hasta convertirlos en novelas (págs. 65 y 83) y su desmedida necesidad de participar en concursos literarios adaptando su obra a circunstancias particulares, hasta el punto de que algún crítico lo ha catalogado como un "escritor de concurso" (págs. 46 y 99).



En el proceso de definir las relaciones entre arte y sociedad, Troncoso establece una "estructura mental" para el caso de Mejía Vallejo, que sería el punto de partida para organizar el universo de este escritor. Tal punto estaría constituido por el paradigma "vivir-morir recordando

la soledad de los caminos". En otras palabras, esta frase definiría una constante, una cimentación en el proceso creativo, y nos serviría para interpretar su *corpus*, sus categorías mentales y la esencia de su visión.

Empero, en Mejía Vallejo, la dialéctica vida-muerte, las ideas de nostalgia y soledad y el tema del camino implican la percepción de un presente cargado de historia; es decir, volcado preferentemente hacia el pasado, exento de futuro. De hecho, según analiza Troncoso, en la obra del antioqueño encontramos la lucha por conservar, o al menos registrar, unos valores tradicionales que se derrumban, la glorificación de ciertos rasgos consuetudinarios de un pasado glorioso y, sobre todo, la conciencia de que "lo importante ha quedado atrás" (pág. 134).

El punto esencial del análisis, en mi concepto, radica en la afirmación de que tal suma y combinación de elementos (vida-muerte-nostalgia-soledad-camino) no es creación del artista, sino algo adquirido y transmitido por la sociedad (pág. 268). Así, Troncoso, aplicando con fidelidad la teoría de Goldmann, abre el análisis en círculos concéntricos a partir de los textos analizados, para incluir en primer lugar la biografía del autor, y luego el *grupo*, muy cercano a la idea de *generación*. (Habla, por ejemplo, de "la estructura social que organiza la conciencia empírica del grupo" [pág. 270]. En círculos más amplios están la época, lo regional, el país, las clases sociales, la tradición.

Se presenta, pues, un proceso dialéctico, un continuo ir y venir de la obra a las condiciones que la hicieron posible: detrás de cada autor hay una tradición, unos valores, unos hechos históricos, una "circunstancia", que según Troncoso no debemos pasar por alto.

Así, la vida y la obra de Mejía Vallejo se convierten en símbolos de una "visión del mundo" colectiva.

¹ Una perspectiva similar utiliza Jorgelina Corbatta en "Notas para un análisis estructuralista genético de *Aire de Tango*" en *Revista de Estudios Colombianos*, núm. 2, 1987, pág. 33.